



Ana María Matute

EL SALTAMONTES VERDE



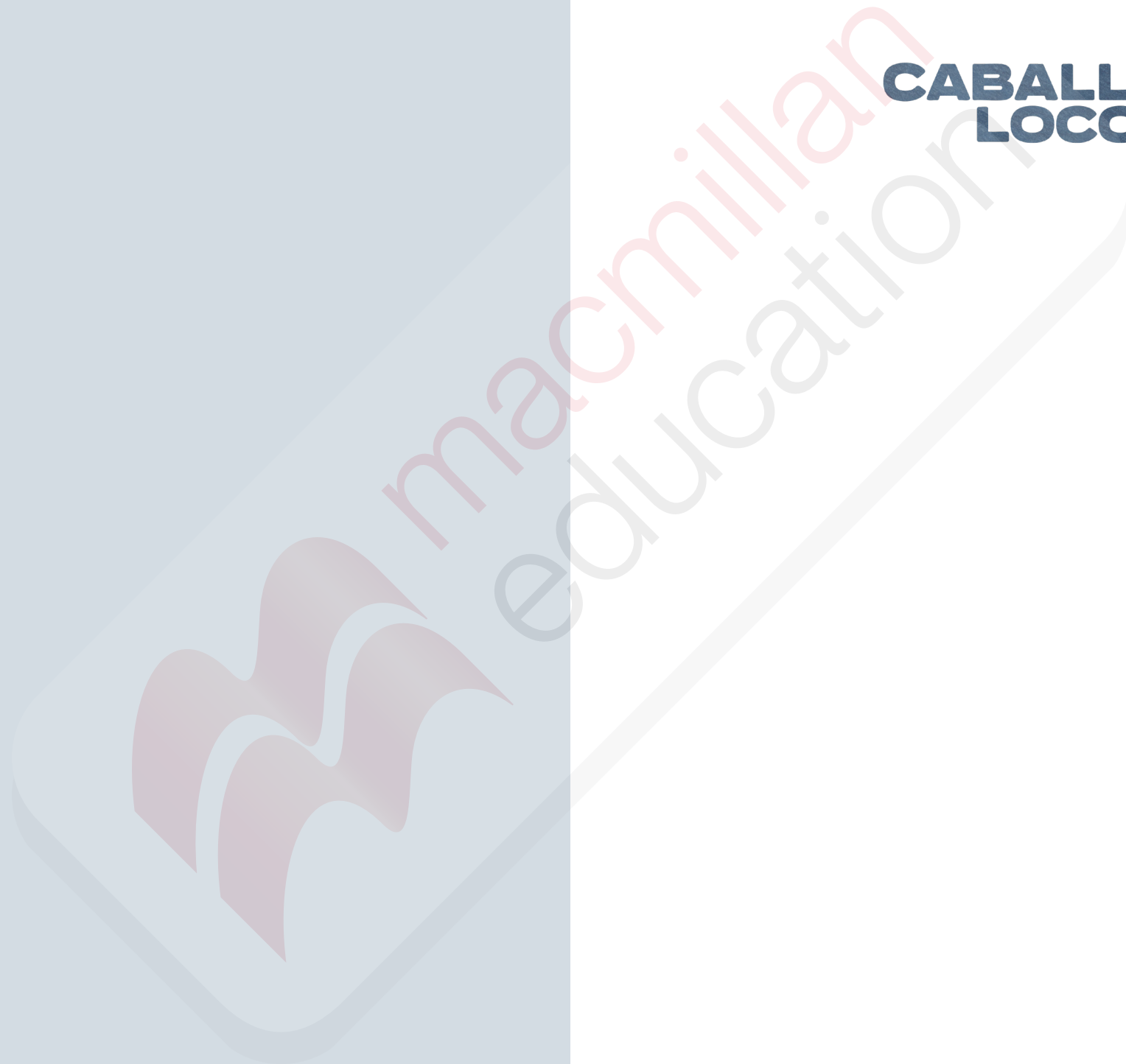
CABALLITO LOCO

ILUSTRACIONES DE
Eva Sánchez



ediciones
castillo

**CABALLITO
LOCO**





1

Por lo alto de las montañas, cerca de los bosques, vivía una manada de caballos salvajes. El jefe de todos ellos se llamaba Yar, y era sabio y fuerte, con la crin blanca y relampagueantes ojos negros. Yar tenía varios hijos entre la manada, y todos ellos eran muy respetados por los demás caballos, yeguas, potros y potrancas. Pues de entre ellos había de nacer el nuevo jefe que un día les gobernaría.

El más pequeño de los hijos de Yar nació una noche de luna redonda y amarilla. Su madre era una joven yegua llamada Zira. En cuanto el sol apuntó y pudo ver claramente a su hijito, que era el primero para ella, Zira se sintió tan orgullosa de él que no perdió tiempo y corrió a conducirlo frente a Yar y toda la manada. Sin embargo, Yar no pareció tan orgulloso ni contento como



Zira de aquel hijo.
Lo miró largamente
con sus temibles ojos
negros y, al fin, dijo:

—Este es un hijito loco,
Zira. Te dará muchos dis-
gustos y serás muy desgracia-
da con él.

Inmediatamente sacudió su
larga crin blanca, y volviendo gru-
pas se alejó, seguido de Zar, su alta-
nero hijo mayor.

Al oír y ver aquello, las demás yeguas,
que estaban celosas de la juventud y belleza de
Zira y sobre todo del raro color dorado de su piel, les
volvieron la espalda, riéndose y diciendo:

—¡Un caballito loco! ¡Qué cosa más despreciable!

Y nadie, ni caballos ni yeguas, ni potros ni potran-
cas, respetó al hijito de Zira como los demás hijos de
Yar.

Zira sintió una gran pena, al tiempo que el amor
más grande, y acercándose a su hijo le pasó suavemen-
te el belfo por el cuello y las orejas, dándole su aliento,
mientras decía:



—Si es locura lo que veo en
tus ojos, yo amo la locura.

De este modo, Caballito Loco
fue su nombre para siempre. Era
muy hermoso, pero, como la luna
parecía vagar por sus ojos, los demás
potrillos se burlaban de él y no le que-
rían en sus juegos. A menudo le acosaban
y le atemorizaban, porque era el más pequeño y
temblaba sobre sus patas, aún demasiado largas. Y to-
dos los potrillos, especialmente los hijos de Yar, decían:

—¡Tiene la luna dentro de los ojos! ¡Qué cosa más
loca y despreciable!

Tal como lo habían oído decir a sus madres.

De este modo, Caballito Loco se acostumbró a co-
rretear solitario por entre los árboles.

Un día llegó el frío, y el viento empezó a llevarse las
hojas de los árboles. Eran de oro, rosadas y rojas, y, co-
mo nunca hasta entonces las viera volar, Caballito Loco
sintió una gran curiosidad por ellas y, persiguiéndolas
como si fueran mariposas o desconocidos pájaros, llegó
al otro lado del bosque y vio allá abajo el valle y las ca-
sas de los hombres. Caballito Loco quedó muy asom-
brado y aquella misma noche le preguntó a su madre:

—¿Quién habita al final de las montañas? He visto cosas que no comprendo.

Zira sintió un dolor muy vivo y dijo:

—Hijo mío, has ido demasiado lejos. Allí abajo viven los hombres, de los que debes huir.

—¿Por qué?

—Porque al llegar la primavera nos buscarán con cuerdas, nos echarán al cuello nudos corredizos, nos arrastrarán a sus pueblos y nos marcarán el lomo con hierros ardiendo. Huye siempre de los hombres, porque su corazón es un desconocido.

Caballito Loco sintió una mayor curiosidad por los hombres, pero no dijo nada, ni siquiera a su propia madre.

Todos los días se llegaba allí donde se divisaban las tejas encarnadas y azules del pueblo, los cercados, la torre dorada de la iglesia y el rarísimo —para él, que nunca lo oyó antes— tañer de la campana. Poco a poco fue acercándose más. Oculto entre los últimos troncos de las hayas, pudo ver pastores con ovejas y, una vez, un muchachito que iba silbando una canción.

Le gustó tanto que no tuvo más remedio que contárselo a Zira. Su madre se entristeció y le dijo:

—Bien puedes mirarlos, ya que tanto te gustan. Pero los niños como ese crecen, se hacen hombres y, a veces,

se vuelven como lobos salvajes. Caballito Loco, hijo, no vuelvas hacia esa vertiente. Tú eres aún tan limpio como el nacimiento del río y nada sabes de estas cosas.

Pero Caballito Loco tampoco entendía a su madre y volvió allí donde habitaban los hombres y los niños.

El tiempo transcurría, los pequeños potros crecían y nadie, excepto Zira, le amaba y le escuchaba. Caballito Loco se convirtió en un solitario y con nadie hablaba, salvo con los árboles y el viento, con las pequeñas flores, los pájaros y los brezos. El arroyo huía asustado de sus grandes ojos de oro, y los juncos de la orilla temblaban al verle. Doblándose unos sobre otros, decían:

—Pobre, pobre Caballito Loco.



Cierto día, una tribu de carboneros acampó cerca del bosque. Tenían la piel oscura y sus ojos negros y brillantes le atemorizaban. Escondido entre los espinos, Caballito Loco los vio beber vino y encender grandes hogueras en la noche, donde asaban la caza. Al resplandor de la lumbre contaban sus historias, que a veces le parecían de miedo, o de tristeza, o de una salvaje alegría más lejana aún. Huyó de allí con el corazón palpitante; y ellos, que oyeron el trotecillo de sus cascos, comentaron:

—¿Oís? ¡Alguien nos ronda! ¿Será el diablo?

Pero Caballito Loco no había oído jamás hablar del diablo y pensaba si se referían a él. Fue así como un día descubrió la existencia de Carbonerillo. Carbonerillo tenía muy pocos años y nadie le amaba, porque no tenía

padre ni madre. Todos le pegaban, le enviaban a sus recados y le obligaban a trabajar a cambio de pan duro y malos tratos. El más alejado lugar junto al fuego era para Carbonerillo, la tarea más ingrata era la suya, y también el peor bocado. Solo de cuando en cuando, cuando ellos estaban hartos, le dejaban mojar su mendrugo de pan en la salsa de sus guisos, a pesar de que cazaban hermosos conejos, perdices, codornices y, una vez, una cría de jabalí. Tampoco había lugar para él en la choza donde se guarecían, y solamente poseía en este mundo una vieja manta que llevaba sobre los hombros, de la que nunca se desprendía. En ella se envolvía durante la noche, junto a las brasas de la hoguera; y, de madrugada, los primeros mirlos y las últimas luciérnagas le contemplaban. Carbonerillo tenía el cabello crespo y rizado y los ojos feroces de los carboneros, pero había un lunar grande cerca de su párpado derecho, que cautivó a Caballito Loco.

“El lunar de Carbonerillo es hermano de la estrella de la tarde”, se decía. Pues él admiraba mucho a la primera estrella, tan grande y luciente sobre el cielo.

Viendo todas estas cosas, sintió un gran afecto y compasión por el desdichado Carbonerillo y deseó ser amigo suyo.



Una vez, Carbonerillo subió río arriba, hasta el nacimiento del agua. Estaba tan lejos de la tribu y tan alegre que empezó a silbar; y aquella canción le recordó a Caballito Loco la del muchacho que viera una vez en la aldea, y sintió tal alegría de oírla que salió de su escondite y se puso a trotar delante de Carbonerillo.

El muchacho quedó sorprendido, con la boca abierta. Entonces Caballito Loco se le acercó y, moviendo el cuello, le mostró su larga crin, y rozó sus hombros con el belfo, porque con ello quería decir:

—Muchacho, no te entristezcas; yo soy tu amigo.

De improviso, Carbonerillo le echó las manos al cuello, y Caballito Loco sintió aquellas manos pequeñas y duras, tan hirientes en su carne que lanzó un largo grito y se alejó asustado. Esta sensación le llenó de tal terror que durante dos días y dos noches anduvo errante por la vertiente contraria, y ni siquiera se acercó a la manada, ni a su madre. No podía desprenderse del recuerdo de aquellas manos, duras como garras, que le desasosegaban. Recordó las palabras de Zira y tembló como la hoja en el árbol.

Al tercer día, el sol lucía muy redondo, a pesar de que se hallaban a últimos de octubre, y Caballito Loco emprendió la marcha hacia la tribu de los carboneros, pensando en volver a ver a Carbonerillo y diciéndose:

—Yo soy su amigo.

Apenas oteó las humaredas del campamento y los altos montones de tierra donde quemaban el carbón, salió Carbonerillo de entre la maleza, como si hubiera estado esperándole. Y sus ojos negros brillaban con tal ferocidad que le paralizaron. Carbonerillo estaba allí, frente a él, con los brazos y piernas separados del cuerpo, un poco inclinado, y sus manos parecían dos pequeñas zarpas. Caballito Loco sintió un raro frío al ver que el sol daba de lleno en aquellas manos; caía en ellas el reflejo encarnado de las hojas de otoño y parecían teñidas de sangre.

Carbonerillo empezó a silbar queda y suavemente. Sus silbidos parecían pequeñas y rastreantes culebrillas que fueran trepando hacia los oídos de Caballito Loco. Carbonerillo fue acercándosele y, de improviso, saltó sobre su lomo, le clavó las uñas en el cuello y los talones en los ijares; y esta vez Caballito Loco sintió un gran dolor. Mas era su corazón el que tanto dolía, y pensó:

—Yo quiero llevarte sobre mi lomo, Carbonerillo, no me maltrates. Soy tu buen amigo.

Pero el muchacho le hería y le espoleaba, y sus manos y sus pies se le clavaban como cuatro lanzas.